Pentecostés C1015—Agosto 2, 2015
Salmos 20
Génesis 18:20-32
Lucas 19:41-44
Por el Bien de Uno

Inmediatamente después de los ataques horrendos en E.E.U.U. el 11 de septiembre, 2001, un ensayo comenzó con esto: "*Un par de tacones altos, apenas usados…Se para viendo a esos zapatos…(cuando) repentinamente se estira para tocarlos. Recuerda la última vez que los lució, caminando con usted por Broadway en camino al teatro, su pelo deslizándose…, sus ojos cafés relampagueando, el agudo clic-clic-clic de sus tacones en la acera. Ella amaba el teatro…Toca la tira delgada de su zapato y recuerda*."

El ensayista estaba reflexionando en una serie de fotografías relacionadas a 9/11 apareciendo en uno de nuestros periódicos nacionales. Quizás usted recuerde viéndolas—fotografías no de la Zona de Impacto, ni del Pentágono, ni del sitio del choque en Pennsylvania, sino de cosas ordinarias que la gente había dejado:

> Una silla de ruedas usada por un hombre que trabajaba en el piso 87º del World Trade Center. Un par de clubes de golf perteneciendo a un pasajero de una de las aviones secuestradas—apenas había empezado a enseñarle a su esposa e hija como jugar. Una colección pequeña de acuarelas, una aún no terminada, de una mujer yendo a su casa en Los Angeles después de una visita familiar en Boston. Y, sí, esos tacones altos.

Contemplando esas fotografías, uno siente el poder misterioso de esas cosas—en ellos cargan lo que se llama "escándalo de lo particular," el recordatorio que cada uno de los 3,000 fallecidos era un individual, una persona con esperanzas y sueños, que tenía a personas que amaba y personas quien le amaban a él o ella.

Ese ensayo y esas fotografías me recuerdan a las muchas veces que he visitado el Memorial de Vietnam en el Mall. En cada visita veo artículos personales sobre la base de la pared—una flor, una fotografía descolorida de un niño en un traje de béisbol, botas, latas de Budweiser (porque eso es lo que los soldados tomaban allá), barajas de cartas (porque así pasaban el tiempo), una nota: "Tú eres la razón por la cual mi nombre no está en esta pared. Gracias."

Cada tarde el personal del Servicio de Parques colecciona los artículos—cada uno yendo en su bolsa de plástico con una nota de dónde estaba colocado en la pared. Luego las bolsas son colocadas en cajas, y las cajas llevadas al Museo de Veteranos.

Y, si me quedo parado largo rato, veo a alguien mover los ojos hacia arriba y abajo y por toda la pared hasta llegar a un nombre, un nombre particular. Y, con el tocar más sensible de los dedos, cuidadosamente rastrea sobre cada letra, hasta que su cabeza cae y sus lagrimas fluyen.

Para caminar lo largo de esa pared y pasar cada uno de los 58,286 nombres es saber lo que ese conflicto le costó a nuestra nación. Ver a una mujer anciana en un vestido estampado de algodón estirándose lo más alto posible para poner su mano arrugada en un nombre particular, es saber

cuánto le costó a una madre. Por unos momentos quiero que consideremos el valor de una vida en particular, de una sola vida.

En nuestra lectura de Génesis, Dios declara la intención de destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra. Ambas ciudades tenían una reputación conocida de crueldad sádica hacia los viajeros, de asesinato y de codicia.

Ahora, podría pasar un mes de domingos en este texto, haciendo una disección cuidadosa de los pecados de Sodoma y Gomorra y ver la causa exacta de su destrucción, viendo si era o no era Dios quien causó la misma—pero hoy no. Lo que es intrigante es esta conversación poco común entre Abraham y Dios. Abraham quiere saber si Dios intenta matar los justos junto con los malvados. ¿Será que Dios destruirá a los inocentes juntamente con los culpables?

Abraham se convierte en un defensor de reservo, de misericordia, de considerar el valor de una vida individual. Y, por lo tanto, sigue la cuenta regresiva de dar-y-recibir que revela no sólo la búsqueda frenética de Abraham para que Dios considere los inocentes, sino también el deseo de Dios, no para la destrucción, pero para la misericordia. "*Acaso destruirás ese lugar y no lo perdonarás por los cincuenta justos que estén allí adentro*?" Abraham le pregunta a Dios. "*Por cincuenta*," Dios consiente, "*no destruiré la ciudad*." "¿*Qué si son cuarenta y cinco*? "*No la destruiré, si encuentro sólo cuarenta y cinco*." Y así continua: "*por cuarenta…por treinta…por veinte…por diez*," Dios dice, "*No la destruiré*."

Me pregunto, ¿Por qué es que Abraham paró en diez? Es una buena pregunta. Pues, si Abraham hubiera continuado, hay alguna duda en su mente que Dios continuaría diciendo, "*Sí, por el bien de uno, no destruiré la ciudad*."

Este jueves, 6 de agosto, es el septuagésimo aniversario de nuestra caída de una bomba nuclear en Hiroshima, Japón. Pienso en Hiroshima cuando leo sobre Sodoma porque, como Sodoma, Hiroshima , en un solo día fue destruida. Pero, en vez de la mano de Dios barriendo la ciudad, fue nuestra mano.

Estaba en Los Álamos, Nuevo México hace diez días donde la bomba fue creada. Si va al museo encontrará alabanza por el genio tecnológico de los científicos, modelos de las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki, fotografías de los laboratorios y pruebas de explosiones. Considerándolo todo, es una perspectiva distante y separada—una perspectiva desde encima de la bomba.

El museo en Hiroshima es otro asunto—es una perspectiva desde abajo. Las exhibiciones dicen que a las 8:15am en el 6 de agosto, 1945, la bomba, con el nombre clave "Niñito," fue caída desde el Enola Gay, un Superfortress B-29 y explotó a medio aire directamente sobre el centro de la ciudad. Una bola masiva de fuego se formó, diez veces más brillante que el sol, emitiendo calor tan intenso que edificios, cercas, y ferrocarriles espontáneamente se quemaron. La gente directamente bajo la explosión fueron vaporizadas; otros, dentro de media milla radio, sufrieron de rupturas de piel y órganos internos por el calor.

Reportes personales de los sobrevivientes están en exhibición. “Estaba visitando la casa de mi hermano una milla del centro cuando sucedió el relámpago,” recuerda Fumio Miyamoto. “Fui arrojado a la esquina del cuarto. Comencé a sangrar de mi ojo izquierdo, el cual había sido golpeado por un pedazo de madera. Cuando me paré, la sangre me escurría…corrí fuera de la casa…la mayoría de las casas en el vecindario fueron destruidas, y la carretera estaba cubierta con tejas y escombros.

“Cuando miré arriba al cielo, vi una nube grande en forma de hongo. Estaba reluciente con luz roja, azul y púrpura…se veía como un monstruo parado sobre la ciudad.

“Algunas niñas, estudiantes en sus años de juventud, corrieron hacia mi. Sus ropas estaban deshechas y estaban casi desnudas. Sus cuerpos estaban carbonizadas, con manchas blancas donde la piel quemada había sido pelada. Estaban corriendo—histéricamente—gritando ‘Mami.’ Estaban quemadas tan seriamente que dudó su sobrevivencia.”

Ahora, se nos ha dicho muchas diferentes razones por las cuales E.E.U.U. dejo caer la bomba---principalmente que era para poner un fin a la guerra y salvar vidas estadounidenses. Y, es cierto que hizo eso. Ahora, sin embargo, sabemos otras cosas. Que nuestro gobierno ya sabia que los japoneses estaban explorando su renuncia a la guerra. Pero, el Secretario de Estado James Byrnes dijo que la bomba impresionaría al mundo con nuestro poder y daría a E.E.U.U. una ventaja en contra de la Unión Soviética. Tendría un sinnúmero de beneficios por el lado diplomático.

Nuestros militares querían encontrar una ciudad que aún no había sido destruida por bombardeo para que pudiéramos ver exactamente como funcionaba la bomba. La ciudad antigua de Kyoto estaba en la lista hasta que el Secretario de Guerra Henry Stimson señaló que destruir Kyoto significaba perder sus sitios culturales irremplazables. Hiroshima, sin embargo, era perfecta—no tenia nada de valor—sólo una población de 400,000 personas y 400,000 ‘Japs’ sin caras.

Como lo muestra el Museo de Historia Estadounidense a unas cuadrillas de aquí, los japoneses rutinariamente eran descritos por el gobierno y la prensa como simios, monos amarillos, demonios, salvajes, subhumanos y bestias. El historiador John Dower señala que después de Pearl Harbor la mayoría de estadounidenses desarrollaron un odio genocida hacia los japoneses. La obra reciente Afro-Americanos Contra la Bomba de Vincent Intondi se refiere a un articulo de Newsweek en enero 1945 que decía: “Nunca jamás la nación había peleado una guerra en la que nuestras tropas odiaban al enemigo tanto que tenían ganas de matarlo.” Un lema de los Marines decía: “Recuerde Pearl Harbor—manténgalos muriendo.” El Admiral Halsey, comandante de las fuerzas del Pacifico Sur, dio un mensaje sencillo y directo a sus hombres: “¡Matar japoneses, matar japoneses, matar más japoneses!”

Por lo tanto, aunque 150 científicos que habían trabajado en el Proyecto Manhattan en Los Álamos peticionaron que el Presidente Truman no dejara caer la bomba—porque sabían *exactamente* lo bien que funcionaría—la dejamos caer—primero en Hiroshima, y tres días después en Nagasaki—incidentemente, la primera ciudad japonesa en la que el Evangelio de Jesucristo había sido predicada (por el misionero jesuita, Luis de Almeida en 1567).

No deberíamos estar sorprendidos que inmediatamente después de haber dejado caer la bomba uno de cada cuatro estadounidenses lamentaba el hecho de que no dejamos caer más bombas. Argumentaban que nuestra meta no era efectuar la renuncia de los japoneses, sino matar el mayo número posible de japoneses.

Como el Memorial de Vietnam, el Museo de Hiroshima tiene sus propios artefactos: la lonchera de una niña con los restos carbonizados aún dentro, un triciclo estropeado, una sombra vaporizada de una mujer sobre un escalón de piedra, una exhibición de relojes todos detenidos a la misma hora—8:15am. Y cada articulo hablando el "escándalo de lo particular"—que no sólo destruimos una ciudad sin rostro, sino que matamos individuos, niños, infantiles, madres, padres, ancianos y ancianas, todas personas como nosotros con esperanzas y sueños, teniendo a personas que amaban y personas quien les amaban.

En este país vemos a la guerra desde encima; continuamos con nuestras vidas mientras en un lugar lejano, en una tierra extraña, bajo las bombas la gente sangra y sufre y muere. En los días de apertura de la guerra en Iraq Donald Rumsfeld hablaba y presumía sobre la "conmoción y pavor" de nuestro poder militar. Pero no olvide, no nos atrevamos a olvidar, que sobre las calles destruidas por donde caen nuestras bombas, hay llanto porque un hijo, o un padre, un ser querido ya no está.

Pero cada uno de nosotros podemos ser un Abraham, el poseedor de una voz poco común, una voz solitaria y profundamente humana. Tenemos el poder, si nos atrevemos, a penetrar la apatía e ignorancia, el prejuicio y odio, y hablar el "escándalo de lo particular"—para ver nuestros enemigos no como una pandilla sin rostro, sino como personas, como personas individuales.

Todos podemos ser defensores por el bien de uno. Puesto que la gente importa. Para Dios, una persona, toda persona, importa.

Amen.